

Después de una larga espera, el conejo llegó a nuestra casa. ¡Estábamos felices, pues deseábamos tener una mascota.



Verlo correr de aquí para allá, tumbar un florero y salir disparado fue suficiente para que la tía «Ilusión», mirándolo con muy malos ojos, dijera mandona que se llamara «Atila», como el mismísimo rey de los Hunos.



—¡Es un azote terrible! —dijo, estirando su índice.  
Y se fue a la cocina a traer el rodillo y empezó a  
perseguirlo. Mientras, el conejo daba un salto hacia  
mis brazos en busca de protección.



A mis hermanos y a mí no nos hizo mucha gracia la actitud de la tía y menos el nombre que proponía, y «Atila» nos parecía nombre de mujer.

Decidimos ponerle «Atila», sonaba mejor y nadie se llamaba así.



Intervino mi madre, sugiriendo el nombre «Tilo»,  
como la hierbita bondadosa, té calmante de fiebres  
y males. Que «Tilo», sonaba lindo.



—Se llamará «A-Tilo», separando la «A» por un guión y listo. La «A» de AS, ¡el mejor de los conejos! «Tilo», porque le gusta a su madre, y «Atilo», porque es el que ustedes han elegido —dijo mi padre y así quedó.

Como buen profesor, escribió su nombre en la pizarra.

Felizmente, el conejo respondió entusiasmado a este nombre.



A - Tilo



A-Tilo el conejo era un terremoto.

Tenía los ojos rojos, igual que las chapas de la tía Ilusión. Sus bigotes enormes parecían los de un gato. Era blanco y su cola redonda parecía la nariz de un payaso.



A ambos lados de la cola,  
mis hermanos y yo le pegamos  
unos ojos de cartulina, entonces,  
parecía que el conejo tenía  
dos caras.



La tía Ilusión, que además de sorda era un poquito ciega, se desesperaba al recibir las miradas del conejo. Era tremenda la duda de no saber si el roedor se iba o se acercaba.



Cada vez que salíamos, ella culpaba a A-Tilo de todo lo malo que ocurría en el departamento.

¡Eran demasiados los desastres ocasionados por un conejo de dos caras!

